

de Tesalónica la suprema vigilancia sobre los griegos europeos, vigilancia que hasta aquel momento había ejercido el Senado en forma de patronato por medio de sus comisiones. Las islas *libres* de Thasos y Samotracia y la costa meridional colonizada por los griegos que se extendía desde Tracia hasta el Helesponto, con sus ciudades *libres* de Aenos y Abdera, fueron puestas también bajo la inmediata dirección del gobernador de Macedonia. Con el transcurso del tiempo, este gobierno general recibió considerables aumentos, hasta que, á mediados del siguiente siglo, se formaron de él, como veremos, una serie de provincias independientes. Inmediatamente se unió á Macedonia la Tesalia, hasta el OEta, en cuya comarca, con organización propia, Farsalia había conservado la *libertad*. Lo mismo aconteció con el Epiro.

Sobre estas bases organizó la comisión de los diez, que había sido puesta al lado de Mummio desde octubre del año 146, la nueva situación de Grecia. Es indudable que esta comarca, á la cual dieron los romanos el nombre de Acaya por haber sido los aqueos los primeros sometidos, entró entonces en las relaciones de derecho público que los romanos significaban con la palabra *provincia*. Solo que la Acaya se nos presenta ya como provincia independientemente organizada desde el comienzo del imperio de Augusto, en cuya época fueron disueltas todas las confederaciones políticas aisladas que se extendían entre el OEta y el golfo de Mesina. Además las municipalidades griegas, á imitación de lo que se había hecho con los latinos y sicilios, se vieron de tal suerte aisladas, que nadie, á excepción de los romanos, podía tener bienes raíces en dos ó mas de aquellas. Mas adelante se abolió, por decirlo así, la democracia, privándose á la plebe falta de bienes del derecho activo de ciudadanía, es decir, de la asistencia á las asambleas y del derecho activo y pasivo de elección de los funcionarios. En las ciudades, dióse el gobierno á un consejo formado por los ricos propietarios; y cada municipalidad debía pagar anualmente á Roma una fuerte contribución. El territorio de Corinto (á excepción de un distrito que contenía la ciudad de Sicione y que estaba gobernado por los istmos) y grandes posesiones de la Eubea y Beocia pasaron á ser bienes señoriales de Roma. Las principales plazas mercantiles, residencia de los comerciantes romanos, fueron, en el Peloponeso, Argos, y en Oriente la isla de Delos, cuyo florecimiento mercantil comienza en la época en que desempeñaba el papel que hoy ha recobrado Sira. En fin, Grecia fué una parte del gran gobierno de Macedonia: las municipalidades griegas fueron puestas bajo la soberanía del gobernador residente en Tesalónica, el cual constituía la suprema instancia en las cuestiones de administración y de justicia, pudiendo juzgar las causas criminales de entidad.

XVII.—ATENAS. POLIBIO

Los griegos, á quienes tan dura se hacía su nueva condición, fueron tratados por los romanos mas benignamente que otros muchos pueblos. Bajo el punto de vista del derecho público, conservaron las municipalidades griegas intacta la propiedad de bienes y tierras, y mas adelante el derecho de administración y de competencia jurídica, no sufriendo modificación alguna sus ordenanzas, leyes y costumbres existentes, y perdiendo tan solo el derecho de hacer política independiente, de decidir por sí y ante sí la guerra y la paz, y de desgarrarse mutuamente con luchas intestinas. A excepción de Atenas, que lo conservó hasta los tiempos de Sila, las ciudades de la Acaya perdieron también el derecho de acuñar moneda de plata, comenzando á dominar en ellas el denario romano. No pocas ciudades de esta comarca vieron recompensada

su adhesión á Roma con beneficios especiales. Esparta se encontró entonces libre de la odiada alianza con los aqueos, y, por especial favor de los romanos, estaba exenta de pagar contribución á Roma: también la antigua y sagrada Delfos se vió libre de todo impuesto. Finalmente, Atenas, la antigua aliada de los romanos, apenas podía legalmente considerarse como una parte de la nueva provincia macedónica. Los antiguos derechos de Atenas no sufrieron modificación alguna; no obstante, el demos, muy á su disgusto, hubo de conformarse con que se extendiera la competencia de los elementos aristocráticos, con que la fuerza decisiva en las cuestiones jurídicas y de gobierno residiera en el Areópago, á pesar de conservarse el antiguo organismo democrático, y por último, con que de entre los funcionarios anualmente nombrados, el primer estratega, es decir, el jefe de la ciudad, estuviera revestido de los poderes mas amplios. Mas adelante se decidió que la provisión de los cargos no se haría por suerte, sino por la elección, limitándose el derecho pasivo de sufragio para las elecciones de arcontes y estrategos á los ciudadanos acomodados. Las asambleas generales se celebraban hacia algun tiempo en el teatro; pues la antigua Pnyx quedó reservada únicamente para la elección de los funcionarios. Para la publicación de los acuerdos del Senado y del gobernador de Tesalónica, se utilizó una tribuna recientemente construida delante del mercado.

Por otro lado, los patrióticos trabajos de Polibio ayudaron en alto grado á los peloponesios para conservar su eutanasia política (1) y su vida privada, bajo la dominación de los romanos que habían destruido para siempre los desordenados movimientos políticos del mundo griego. Por sus excitaciones, el bondadoso Mummio no solo consintió que se reconstruyeran los templos ístmicos, sino que dotó considerablemente los de Olimpia y Delfos con riquezas procedentes del botín de guerra. Además, cuando una legación senatorial, durante la primavera del año 145, y despues Mummio, este para celebrar como *Acayus* su entrada triunfal, regresaron á Roma, recibió Polibio poderes para visitar todas las ciudades griegas y llevar á cabo en ellas las modificaciones decretadas por los romanos, pudiendo asimismo disponer de todos los medios necesarios para poner coto al gran desorden que reinaba en aquellas comarcas. Y cuando, gracias á su benevolencia, á su inteligencia práctica, á su energía y á su desinterés, virtud tan rara entonces entre los griegos, terminó felizmente esta difícil tarea, consiguió también (probablemente en 140) de los romanos que se decidieran, por un lado, á perdonar á los griegos las fuertes multas impuestas á Esparta y á Heraclia, y, por otro, á permitir el restablecimiento de las distintas confederaciones griegas, que con sus variadas formas y su personal habían llegado á ser un elemento indispensable de vida en Grecia, limitando, sin embargo, sus atribuciones á la celebración de fiestas y sacrificios y á las peticiones y cuestiones políticas de poca trascendencia. También logró que se derogara la disposición en virtud de la cual los propietarios solo podían poseer bienes en sus respectivas municipalidades.

Desde aquella época, Grecia disfrutó de un largo período de tranquilidad: los mismos macedonios acabaron por conformarse con este estado de cosas, despues que en 142 Lucio Tremellio, cuestor del pretor Licinio Nerva, hubo dominado fácilmente una sublevación promovida por la aparición de un nuevo pseudo-Filipo en las comarcas orientales del país. La mayor parte de la península de los Balkanes, que se extendía al Sudoeste de esta montaña, y, desde el año 156 y 155, una

(1) *Eutanasia* es un término griego que significa literalmente *buen muerte*, es decir, decaimiento insensible y sin dolor. (N. del T.)

parte también de la Dalmacia se sometieron pacíficamente á la dominación de los romanos.

El historiador mas importante de aquella época, cuyas noticias tienen hoy todavía gran valor para nosotros por su veracidad, fué Polibio, aquel audaz arcadio que en Roma había aprendido á conocer las condiciones y la fuerza gigantesca de los romanos, así como las excelentes condiciones de éstos y de su vida política, y que se había convencido de que el helenismo y el romanismo conservaban la superioridad, aquél en el orden moral y éste en la esfera política y militar. Entre todos los griegos pensadores de su tiempo, fué el primero en penetrar á fondo á los romanos y la nueva situación de Roma; y también el primero que los dió á conocer bajo el punto de vista literario. Investigador por excelencia, poseedor de los

mejores datos, serio, amante de la verdad, sencillo, claro, imparcial y conocedor de las cosas, escribió la historia del período durante el cual se desarrolló y completó lo que solemos llamar «dominación universal de Roma, es decir, el espacio de tiempo comprendido desde la primera guerra púnica hasta la caída de Corinto,» materia romana que trató á modo de historia universal con la madurez de la crítica helénica. Polibio escribió su obra cuando regresó á Roma, despues de haber terminado la misión que le llevara á Grecia. El ocaso de su existencia le llevó de nuevo á su patria en donde murió á una avanzada edad, á consecuencia de una caída de caballo, sin que se sepa á punto fijo la fecha de su muerte, que unos fijan en el año 127 y que otros creen algo posterior.

CAPÍTULO III

NUMANCIA Y EL GÉNESIS DE LA REVOLUCION

I. Situación de Roma con respecto á Egipto y á Antíoco IV de Siria. Los Lápidas. — II. Antíoco IV y los macabeos. Destrucción del imperio sirio. Independencia de los judíos. — III. Los parthos. Incremento que tomó este pueblo. — IV. Los Atalidas. Herencia de los Pergamenidas. — V. Dominación universal de Roma. Defectos de la administración de las provincias. — VI. Fatal aspecto que presentan las relaciones entre Roma y los itálicos. Inutilidad de los comicios. — VII. El pueblo de la ciudad de Roma. Los libertos y el proletariado agrícola. — VIII. La nobleza. Orden de los funcionarios y corrupción en las elecciones. — IX. La aristocracia financiera. Los optimates y los populares. Exitos de los populares. — X. Numerario y monedas romanas. — XI. Literatura romana. El helenismo. — XII. Decadencia de la moralidad romana. Decadencia de la agricultura. — XIII. La esclavitud. Guerra de esclavos en Sicilia. — XIV. La guerra lusitana. Viriato. Muerte de Viriato. — XV. Numancia.

I.—SITUACION DE ROMA RESPECTO Á EGIPTO Y Á ANTIOCO IV DE SIRIA. LOS LÁPIDAS

La gran victoria conseguida por las legiones romanas durante la primera mitad del año 140, estableció de hecho las bases de la soberanía romana sobre el antiguo mundo civilizado, soberanía que había de durar algunos siglos. Las potencias que, aun antes de la desaparición del período republicano, habían de poner en peligro al Estado romano, tales como los germanos del Norte y los partos asiáticos, no habían entrado todavía en la esfera política del Senado. De todas las comarcas del Mediterráneo, en cuya sumisión y soberanía descansaba la magnitud de la potencia itálica, solo la apartada España sostenía una lucha cruel, cuyo fin no era difícil de prever. En cambio, las antiguas grandes potencias helénicas de Oriente se habían mostrado, desde la gran derrota sufrida por Antíoco III en Magnesia, completamente imposibilitadas para levantarse de nuevo contra la política del Senado. El vencido en Magnesia, aquel Antíoco III tan profundamente abatido, había sucumbido en 187 á su fatalidad, siendo asesinado, junto con las tripulaciones que le acompañaban, por los elimeos, pueblo libre del Sudeste del bajo Tigris, al querer saquear uno de sus templos para allegar los medios necesarios de pagar á Roma el tributo estipulado. Su primogénito, Seleuco IV Filopator, soberano dotado de no escaso talento militar y diplomático, emprendió la impropia tarea de regenerar el imperio sirio, tan debilitado en extensión, en consideración exterior y en fuerzas interiores, por la derrota de su padre; y la fortuna favoreció sus proyectos. Pero en 175 ó 174 fué asesinado por su tesorero mayor, el traidor Heliodoro. Entonces subió al trono su hermano Antíoco IV Epifanes,

dotado de excelentes cualidades, y que mostró desde luego gran viveza, actividad, y procedimientos mas francos de los que estaban acostumbrados á ver en sus soberanos los habitantes del Oriente sirio. Antíoco, que había estado de rehen en Roma y que conocía perfectamente la fuerza de los romanos, no quiso mezclarse en los negocios del Occidente asiático dominado por la influencia romana y procuró ensanchar sus dominios por el lado del Egipto. Su cuñado, el Lágida Tolomeo V Epifanes, había ejercido el gobierno con poca fortuna, desde la paz definitiva firmada con Antíoco III. La sumisión de un levantamiento de los indígenas del Alto Egipto, en Licópolis, y en seguida (196) la sofocación de un motin de los mercenarios etolios, promovido por las excitaciones de los generales Scopas y Dicearco y que concluyó con la muerte de estos jefes, aseguraron su situación. No obstante, á excepción de los sacerdotes del país, á quienes tanto favoreció y que, siguiendo la antigua costumbre de la patria de los Faraones, le habían bendecido, en el templo de Ptah, en Menfis, como rey, ó por mejor decir, como *hijo divino del Sol*, el débil soberano, que necesitaba ser dirigido y que no supo dominar ni á sus favoritos ni sus malas pasiones, no consiguió captarse las simpatías de su pueblo. Cuando su excelente consejero Aristomenes fué envenenado por su orden á causa de su franqueza, Tolomeo, dirigido por Policrates, decayó cada vez mas y se hizo mas odioso todavía por la pérdida crueledad con que castigó á un caudillo egipcio que había promovido una sublevación dominada en 184 por Policrates. Cuando, por fin, Tolomeo fué á su vez asesinado en 181 por los que le rodeaban, su viuda, la inteligente siria Cleopatra, tomó, como regente de sus hijos menores de edad, las riendas del gobierno, perturbado entonces por la incesante

lucha que se venía sosteniendo con la corte de su hermano el rey sirio, acerca de la posesión de las comarcas de Palestina y Celesiria.

Según las cláusulas del tratado convenido con ocasión del matrimonio de Cleopatra, los Seléucidas, que poseían estas provincias, solo estaban obligados a pagar el dote de aquella princesa con las rentas que producían; los Lágidas, en cambio, se creían con derecho para reclamar la retrocesión de las mismas provincias, en todo ó en parte. Cuando en el año 173 acaeció la muerte de Cleopatra y cesaron de percibirse las rentas sirias, los irreflexivos tutores de Tolomeo VI Filometor, que contaba entonces 14 años, pensaron en hacer la guerra a Antíoco IV Epifanes, tanto más cuanto que Siria, con el asesinato del hermano de Antíoco, se encontraba sumamente agitada. Antíoco IV tomó contento las armas, esperando que de este modo podría conquistar el valle del Nilo, estando, sobre todo, como estaban los romanos, aliados de los Lágidas en guerra con la Macedonia. Las armas sirias se vieron favorecidas por la suerte: Antíoco consiguió en 171, junto a la colina de Casion, en las fronteras egipcias, una gran victoria; se apoderó de la importante fortaleza de Pelusio y penetró más en el Egipto. El joven Filometor huyó a Samotracia, en tanto que los alejandrinos elevaban al trono a su joven hermano con el nombre de Tolomeo VII Evergetes, conocido después por *Fiscón*, ó sea el *tonel*, por su grande abdomen. Entonces Antíoco tomó bajo su protección a Filometor y le condujo de nuevo a Menfis como rey, proponiéndose ejercer, a favor de las luchas entre los dos hermanos y en nombre de su sobrino, la soberanía del tan codiciado valle del Nilo. Cuando después de atacar sin éxito a Alejandría y de haber conseguido en 170 una victoria naval sobre Evergetes, se vio obligado, a causa de ciertos desórdenes de su reino, a regresar a Siria, reconciliáronse los dos hermanos (169) por la enérgica intervención de su hermana Cleopatra. Entonces el Seléucida emprendió de nuevo la guerra contra ambos, entrando victoriosamente en Egipto; mas apenas llegó a las puertas de Alejandría se encontró con los romanos, que accediendo a la petición de los egipcios, se presentaron a intervenir en aquella lucha. Esto aconteció poco después de la batalla de Pidna, cuyos ecos habían despertado de nuevo en el Oriente el antiguo terror que las invencibles armas romanas inspiraban. Los romanos, que entonces se encontraban en el apogeo de su poderío, se decidieron pronta y resueltamente: su embajador, Cayo Popilio Lena, hombre rudo, dominante y de maneras brutales, era una muestra viviente de la orden del Senado: este exigía la evacuación de todo el territorio desde el istmo de Suez, y la de la isla de Chipre que una reciente traición había puesto en manos de Antíoco. Cuando Popilio llegó a donde estaba el ejército de este, es decir, delante de Alejandría, le comunicó sin ambages ni rodeos la orden del Senado. El rey quiso responder de una manera evasiva, diciendo que quería reflexionarlo; entonces Popilio con su bastón trazó en la arena un círculo alrededor del Seléucida, pronunciando aquel estas palabras: «Antes de que salgas de este círculo has de darme la contestación que pide el Senado: ¿quieres ser amigo ó enemigo de los romanos?» Confuso en extremo, aunque sin hacer resistencia alguna, el sucesor del gran rey de Antioquia contestó: «Haré lo que el Senado pide.» Entonces el rústico diplomático romano tendió por vez primera la mano a Antíoco y le saludó como amigo y aliado del pueblo romano. Pelusio y Chipre fueron en seguida evacuadas por las tropas sirias.

Esto probó claramente que aun las colosales monarquías del Oriente helénico no eran más que humildes clientes de Roma. El Senado, aun cuando había de tardar el tiempo en

que mandara por medio de las armas en el Delta y al Este del Tauro, no dejó de minar con su diplomacia el Estado sirio, ni de hacer valer su voluntad en las grandes cuestiones políticas del Egipto. Poco duró la paz entre los dos hermanos egipcios; pues Filometor, el mejor de ellos, era bondadoso, aunque astuto, y no se mostró superior a su hermano Evergetes, aficionado a las artes y ciencias, que, a pesar de su lujuria y crueldad, poseía excelentes dotes y extraordinaria energía. A los pocos años encendióse la guerra entre ambos: Filometor fué vencido y huyó a Roma: el Senado le llevó de nuevo a Egipto y dividió el reino de los Lágidas de tal manera que Filometor gobernó el valle del Nilo y Chipre, y Evergetes la Cirenaica y la comarca libia. Esto, sin embargo, no aseguró la tranquilidad, pues desde entonces Evergetes intentó varios ataques contra las posesiones de su hermano, especialmente contra Chipre. El Senado, enviaba incesantemente embajadas, que obtenían las mas de las veces feliz éxito y que se entregaban, en compañía de las que Filometor enviaba a los romanos, a escenas y disputas muy parecidas a las de los griegos. Cuando Filometor, que se iba enseñoreando poco a poco de la alta comarca, murió en 146, con ocasión de una intervención afortunada en el imperio sirio, tan abatido a causa de la enemistad con los judíos favorecidos por el Egipto, y de las continuas guerras de sucesión, pudo Evergetes, llamado también Tolomeo VII, ejercer la soberanía sobre todo el reino. Este hombre atroz era, sin embargo, muy poco peligroso para los romanos, pues al paso que hacía grandes cosas en beneficio de la ciencia, de la arquitectura, de las artes y de la civilización, se entregaba a crueldades que solo pueden compararse con las que en los últimos tiempos de los Aqueménidas se vieron en la corte de Persia. Filometor, siguiendo la repugnante costumbre de su familia, se había casado con su hermana Cleopatra, la cual, una vez viuda, se vio obligada a casarse con Evergetes: este, para conmemorar las bodas, asesinó a Eupator, hijo de su hermano y heredero legítimo del trono, y condenó a muerte y al destierro a un gran número de habitantes de la ciudad de Alejandría indignada contra aquel crimen. Con el tiempo, sin embargo, su situación fué insostenible: la indignación de su esposa llegó a su colmo cuando Evergetes deshonró a la hija de esta, que también se llamaba Cleopatra, y la hizo después su segunda esposa. Una temible sublevación de los alejandrinos, irritados por tamañas crueldades, le obligó a huir a Chipre con la joven Cleopatra, desde donde el inhumano envió a la infeliz reina el cadáver del hijo que con ella había tenido. Este hombre cruel consiguió, a pesar de todo, parte por medio de la fuerza, parte por astucia política, apoderarse nuevamente del Egipto, en donde, hechas aparentemente las paces con la tan maltratada reina é influyendo extraordinariamente en el embrollado estado de cosas de la Siria, reinó hasta su muerte acaecida en el año 117.

II. — ANTÍOCO IV Y LOS MACABEOS. DESTRUCCION DEL IMPERIO SIRIO. INDEPENDENCIA DE LOS JUDÍOS

La espantosa degeneración de la antigua familia de los Lágidas en frente del pueblo romano, aun en aquel tiempo de su ya patente decadencia interior vigoroso y activo, corría parejas con la del Estado de los Seléucidas, al cual al principio creyó temible el Senado, y que con la cooperación de la diplomacia romana llegó demasiado pronto a su completa disolución. Antíoco IV Epifanes, hombre muy inclinado a las costumbres de Occidente y a la civilización de los griegos y de los romanos, incluso los gladiadores, se enredó desde su salida de Egipto en una guerra contra los judíos que había de ser funesta a él y a su dinastía. La admirable fuerza y la exuberancia de vida del helenismo no habían dejado de

tener alguna influencia en la nación más obstinada y más fuerte que conoce la historia, la judía; pero solo una minoría se doblegaba ante la civilización griega, y el funesto pensamiento del joven rey no era otro, desde el año 168, que obligar a los judíos a que aceptaran no solo la civilización helénica, sino también el culto griego. Este plan había sido trazado en la convicción de que la rica comarca fronteriza de Palestina, tan codiciada por Alejandría, quedaria asegurada para los Seléucidas cuando consiguiesen someter a los severos judíos, partidarios naturales de los Lágidas que tanto les favorecían en aquel tiempo. Pero Antíoco IV hizo imposible la consecución de sus empresas, porque no solo saqueó los tesoros del templo de Jerusalén, sino que con horribles crueldades quiso vencer la resistencia que los judíos oponían a sus innovaciones religiosas. La consecuencia fué que desde el año 167 la parte más fuerte del pueblo judaico, cuyas pasiones se excitaron con este ataque del gran rey, suscitó una temible sublevación. El entusiasmo religioso y el sentimiento nacional hicieron invencible a este pequeño pueblo guiado por el sacerdote Matatías, y a la muerte de éste, por sus hijos y por la heroica familia de los casmoneos ó macabeos de Modiim. La guerra contra los sublevados judíos, que se defendían como héroes, no adelantaba; y cuando el general Lisias acampó en 164, con el hijo del rey, delante de Jerusalén, llegó la noticia de que Antíoco IV había muerto, a causa de un exceso de bebida, en Tabé (Persia), a donde se dirigía para levantar tributos y saquear templos, con cuyos productos se proponía pagar el impuesto a los romanos y subvenir a sus prodigalidades, pues la falta de dinero le hacía imposible atender a uno y a otras.

Entonces comenzó el período de las afortunadas intervenciones de los romanos en aquel reino, que tan rápidamente caminaba a su decadencia. El hijo de Epifanes, Antíoco V Eupator, solo contaba en aquella sazón nueve años: una lucha entre Lisias y Filipo, otro de los confidentes de Epifanes, que pretendían a la vez la regencia, proporcionó a los judíos una paz ventajosa (162) que les aseguró su constitución jerárquica. Después, cuando Filipo hubo abatido a su adversario, se presentó una embajada romana presidida por Cneo Octavio, la cual llevaba el encargo de reconocer al nuevo joven rey, y al propio tiempo la misión infame de desorganizar las fuerzas militares del reino, incendiando todos los buques con que se había aumentado el contingente de la escuadra desde la paz del año 189, é inutilizando todos los elefantes de guerra. Octavio, hombre violento, fué muy pronto asesinado en Laodicea, sin que los romanos pensaran en vengar su muerte. Entonces Demetrio (Soter) hijo de Seleuco IV, que hasta entonces había permanecido como rehén en Roma y cuyas pretensiones a la corona de Siria habían sido rechazadas por el Senado, huyó secretamente de Roma, regresó a su patria, y una vez en ella, apoyado por las simpatías del pueblo, se deshizo de Lisias y de su sobrino Antíoco V. No tardaron los romanos, aun cuando aceptaron a Demetrio como rey, en debilitar nuevamente su reino y en reconocer como libre y autónoma (161) a la nación judía, la cual desde entonces y durante largo tiempo gozó del favor de Roma. Prohibieron además a los Seléucidas y a los Lágidas el paso por la comarca judaica, y prometieron a los judíos su protección, en caso de que se vieran atacados por los sirios. Por lo demás, los judíos, aunque los más favorecidos en estas circunstancias, a consecuencia de muchas vicisitudes y luchas con los soldados sirios, fueron perdiendo poco a poco parte de su independencia. También Demetrio Soter defraudó las esperanzas que en él había puesto el país y pronto adoptó las crueldades y licenciosas costumbres de Oriente. Ya había perdido toda su popularidad y estaba en

relaciones tirantes con los príncipes de las dinastías helénicas de Egipto, Capadocia y Pérgamo, cuando uno de los más altos funcionarios de Epifanes, Heraclides, enemigo suyo, le opuso en 152, a instigación del Senado, un nuevo pretendiente, llamado Alejandro Bala, el cual consiguió en 150 ó en 149, después de una encarnizada lucha, derrotar completamente a Demetrio, que debió su vida a la fuga. El nuevo gobernante se mostró tan salvaje y sanguinario, que en el año 147 ó 146, un hijo de Demetrio, llamado Demetrio II Nicator, consiguió, con ayuda de los egipcios, derrotar al usurpador. Ni aun entonces pudo el destrozado imperio sirio recobrar la paz; pues un general del difunto Alejandro Bala, llamado Diodoto Trifon, renovó la guerra por la corona, primero en beneficio de Antíoco VI, hijo de su antiguo soberano, y después de haber asesinado en 141 ó en 140 a su protegido, en provecho propio. Con tales disturbios, los judíos, cuyo auxilio era solicitado ya por los unos y por los otros, consiguieron primero su autonomía y la exención de tributos (142) y luego el reconocimiento de su caudillo, el casmoneo Simon, como sumo sacerdote y príncipe del pequeño pueblo (139).

III. — LOS PARTOS. INCREMENTO QUE TOMÓ ESTE PUEBLO

La destrucción del imperio sirio se consumó con la invasión de los partos. Este vigoroso pueblo estaba gobernado por el sexto Arsácida, el poderoso Mitridates I (175 a 136), el creador propiamente dicho de una nueva gran potencia en Oriente, que desde el año 150 hasta el 140 había conquistado durante la guerra siria la Atropatene, la Media, las provincias iránicas de los Seléucidas (según parece, también la Persis, independiente solo a medias), Elimaida, Babilonia y Mesopotamia, se había anexionado el reino greco-bactriano, tan destrozado así por conmociones interiores como por las luchas con los pueblos turánicos y las tribus del Oriente del Iran, y con todos estos territorios había formado una nueva y fuerte potencia que se extendía desde el Eufrates hasta el Indo, y estaba organizada al estilo de Oriente. Aun cuando los partos no eran enemigos tan fanáticos del modo de ser griego (que bajo muchos puntos de vista apoyaban) como lo fueron después los Sasánidas de Persia, su nuevo incremento significaba, por un lado, una reacción nacional del mundo iránico contra el Occidente hasta entonces dominante, y, por otro, la aparición de un nuevo enemigo futuro de los romanos, que ya no podían aumentar el poder de los Seléucidas cuya destrucción tan irreflexivamente habían impulsado.

Demetrio II trató todavía de detener el movimiento amenazador, y abandonando a sus generales la lucha contra Trifon, se dirigió con todas sus fuerzas y no sin exhortar a todos los príncipes persas, medos y bactrianos contra los partos; pero después de una serie de victorias parciales, fué, por último, completamente derrotado y hecho prisionero en la Media. Mientras el gran rey de Oriente pasaba los días encerrado en cómoda cárcel, no se le olvidaba del todo en Antioquia: su joven hermano, Antíoco VII, llamado comúnmente Sidetes, prosiguió con energía la lucha contra Trifon, é introdujo un régimen riguroso, en virtud del cual tomó, en 138 ó 137, las riendas del gobierno y se casó con la esposa de su hermano, sumido, al parecer, en eterna y desesperada prisión. Favorecióle la suerte de tal manera que, con la ayuda del príncipe judío Simon, consiguió derrotar por completo a Trifon (que murió después en 134), y pudo hacer en 132 tributario suyo al hijo y sucesor de Simon, el joven sumo sacerdote judío Juan. Entonces pensó en organizar una gran expedición contra los partos, que desde el año 136 estaban